

Voces de jóvenes indígenas*

*Norma Del Río***

Si las publicaciones en donde las voces juveniles son escasas, más lo son las de las voces de jóvenes indígenas. Por ello hay que celebrar este amplio trabajo mexicano que pone a disponibilidad de trece grupos de niños, niñas, adolescentes y jóvenes indígenas, los medios y la capacitación técnica para mediar de manera idónea, su producción “textual” en el más amplio sentido de la palabra.

Se trata entonces de narrar historias, recorridos, opiniones, información, ideales y sueños de estos grupos juveniles, sobre la particular visión de mundo que construyen de manera colectiva, enraizados en este mosaico geo-socio-cultural del México contemporáneo. Discursos del norte, sur, de la ciudad, el campo, y más allá de la frontera, hablan de una radiografía social que nos revela el *México profundo* de Bonfil, las estratificaciones sociales desde donde se reifica la desigualdad, la discriminación, frente a la resistencia (la lengua materna minoritaria como código alterno y codificador de otros mundos posibles), el recorte obligado del nosotros y los otros, la resiliencia y creatividad.

Con base en talleres multimedia, de la escucha y el respeto a la autoría, los coordinadores del proyecto trabajaron con “colaboradores

* María Bertely Busquets y Gonzalo Saraví (coords.), *Voces de jóvenes indígenas. Adolescencias, etnicidades y ciudadanías en México*, México, UNICEF-CIESAS, 2011.

** Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco [nadelrio@gmail.com].

creativos” en sesiones intensivas y realmente cortas en tiempo, muy a la manera de la Escuela de Emilia Reggio en Italia, donde educación va de la mano con el arte, para descubrir con niños y niñas muy pequeños los “cien lenguajes” y abrir los horizontes de la niñez al mundo de “afuera”. Las preguntas generadoras de Freire disparan la reflexión sobre temas relacionados con los derechos y responsabilidades de los jóvenes y sobre aspectos que les gustaría denunciar o bien sobre conocimientos y saberes que difundir. Los marcos de evaluación no sólo funcionan hacia afuera sino también se traen a su propia vida cotidiana para buscar apertura en los modos de relación intergeneracional que los y las lleven a una mayor equidad, al derecho a ser escuchados por los padres sobre cuándo, con quién y en qué circunstancias les gustaría elegir su pareja y las diversas formas de asumir lo que para ellos constituye su identidad como hombres y mujeres indígenas.

El olvido de quiénes son, representa una de las mayores preocupaciones, por lo que “hay que prepararse para tener un buen juicio moral” y no perderse en las ciudades y más allá de la frontera (el título de una obra de teatro de jóvenes de la familia maya lo dice todo: “Las garras de la ciudad”). Se pierde la tierra, el agua, la lengua, la historia y los jóvenes plantean diversas formas de recuperar su legado, aprendiendo a “respetar” (escuchando, negociando, colaborando en asamblea) en espacios democráticos que poco coinciden con las escuelas a las que asisten, escuelas donde no pueden aprender en su lengua, en donde se les cierra el paso a las tecnologías de información y comunicación (TIC) que están ahí, pero que las circunscriben a tareas escolares y no como llaves para ampliar el horizonte de mundo social. Las redes sociales quedan fuera de la escuela y por tanto de su alcance económico para mantenerlas.

Fotos, graffiti, teatro, poesía, canciones, textos, grabado plasman su trabajo colectivo y entre broma y broma dejan ver los sueños, aspiraciones, pero también la posible muerte que los acecha en estos entornos hostiles y sin protección: “uno quiere ser artista plástico, otro quiere ser narcotraficante y otro quiere estar muerto en menos de diez años (pero todos queremos creer que están bromeando pesado como siempre)” (2011:178).